

LA CONSULTA

ÁNGEL CAMACHO CABRERA

PERSONAJES

DOÑA ENCARNITA

EL JOVEN

UNA ENFERMERA

UN PACIENTE

(Nos hallamos en la sala de espera de una consulta médica. No nos llama la atención el mobiliario, porque lo compone, como casi siempre: un tresillo de escay, unas cuantas sillas, una mesita con revistas muy manoseadas. En las paredes, algunos cuadros con reproducciones litográficas de escaso valor comercial. Un plafón de cristal en el techo, desde el que se esparce la luz por la estancia. En uno de los sillones vemos a una anciana que, mientras espera ser recibida por el doctor, se entretiene en hacer punto. Ella sí nos llama poderosamente la atención, ¡y de qué manera!

Se trata de una viejecita que representa menos edad de la que realmente tiene, edad que no nos es posible adivinar, aunque nos lo propusiéramos, por muchas razones. Una de ellas podría ser el abigarrado estampado de su vestido, donde sobre un fondo negro y de enormes hojas verdes de parra, sobresalen y se entrelazan grandes flores rosas

y violetas; otras, los coquetones chapotes de coloretes en sus mejillas, después de cuidadosamente empolvadas; o también, ¿por qué no?, el rabioso carmín de sus labios... ¿Y qué me dicen ustedes de su pelo teñido de color azafrán recién vitalizado, estofado y peinado en su reciente visita a la peluquería?

Su cuerpo menudo aparenta fragilidad; sin embargo, no deja de sorprender la rapidez de sus manos en el manejo de las agujas... Nos da la impresión de que se siente muy a gusto y cómoda, como, si en lugar de encontrarse en la fría sala de espera de una consulta médica, estuviese en el comfortable salón de su casa. Su rostro irradia simpatía... Es una de esas señoras ancianas que caen bien, así, a simple vista, aunque no sabemos, a ciencia cierta, lo que resultará a la persona que acaba de entrar en este preciso momento.

El recién llegado es un hombre relativamente joven, delgado y algo tímido. ¡Ah!, y demasiado aprensivo, como luego veremos...).

EL JOVEN. Buenas tardes.

D.^a ENCARNITA. Buenas tardes, joven.

EL JOVEN. ¿Es usted la última?

D.^a ENCARNITA. La penúltima. El último es usted, que acaba de entrar. Pero, si tiene prisa, le dejo colarse.

EL JOVEN. ¡Oh, no, no, de ninguna manera!

D.^a ENCARNITA: Si a mí no me importa... De veras que no me importa ni tanto así.

EL JOVEN. No, no, señora, muchas gracias.

D.^a ENCARNITA. No hay de qué. (*Después de un breve silencio*). ¿De verdad que no quiere?

EL JOVEN. ¿Qué...?

D.^a ENCARNITA. Colarse...

EL JOVEN. Se lo agradezco mucho, pero...

D.^a ENCARNITA. (*Interrumpiéndole*). Pero si en las consultas médicas todo el que puede se cuela...

EL JOVEN. Yo prefiero guardar mi turno, y usted, señora, está primero.

D.^a ENCARNITA. ¡Bravo, muchacho, así me gusta! No se tropieza una todos los días con jóvenes así, tan educados, y mucho menos en las consultas donde se ve cada caso... Porque, créame, hay gentes que no respetan lo más mínimo la enfermedad del prójimo, como si una viniera aquí a pasar el rato... Que una cosa es aprovecharlo como yo, haciendo punto, y otra bien distinta es perderlo estúpidamente... La última vez que vine, que fue la semana pasada, ter-

miné una colcha de matrimonio. Hoy mismo he iniciado este suéter y mire, mire por donde lo llevo ya... En dos consultas más lo acabo...
¿Y usted qué hace?

EL JOVEN. ¿Yo?

D.^a ENCARNITA. Sí, usted. ¿Qué hace usted en las consultas para entretenerse?

EL JOVEN. Bueno... esperar.

D.^a ENCARNITA. ¿Esperar sólo?

EL JOVEN. A veces leo.

D.^a ENCARNITA. No me diga que esas porquerías.

Yo no he visto mayores porquerías que las revistas que ponen los médicos para entretener a sus pacientes... Chismorreos y más chismorreos...

Y si fueran los últimos... Pero no, chismorreos de antes de la guerra. Figúrese que entre esas revistas, hay una con la noticia de cuando (*Cita*

a un personaje popular). cumplió veinticinco años... ¡No ha llovido nada desde entonces!...

Y a propósito, joven, ¿qué pasa este año que no llueve? Ni una gota, ni una miserable gota...

No me extraña que cada vez haya más enfermos... Si al menos lloviera se limpiaría la atmósfera...

Y las calles, ¿usted se ha fijado qué sucias están las calles?... Mejor es que no se fije, porque le va a dar asco caminar

por ellas... Pero como no llueve... ¿Por qué cree usted que no llueve?... Ya sé lo que me va a decir... Por las bombas atómicas y todo eso pequeña, que todos los años por estas fechas llovía, ¡y de qué manera! Pero lo que es ahora. Oiga, ni una miserable gota... ¿usted cree que la atmósfera se estará secando?

EL JOVEN. La verdad, yo...

D.^a ENCARNITA. No, no hace falta que me lo diga. Yo sé que usted piensa lo mismo: que la atmósfera se está secando. Y no se extrañe que aparezcan las epidemias y todas esas cosas horribles...

EL JOVEN. Sí, señora, tiene usted razón.

D.^a ENCARNITA. Sin la menor duda, joven, sin la menor duda.

EL JOVEN. ¿Sabe si ha llegado el doctor?

D.^a ENCARNITA. Está atendiendo a un enfermo. Por cierto, tenía una cara espantosa.

EL JOVEN. ¿El enfermo?

D.^a ENCARNITA. No, el doctor. Alguna vez los médicos también se pondrán malos, ¿no?... Lo encontré palidísimo... Aunque, mirándolo bien, usted tampoco tiene muy buen color que digamos.

EL JOVEN. ¿Usted... cree?

D.^a ENCARNITA. ¿Por qué ha venido a la consulta?

EL JOVEN. Hace días que me duele la garganta.

D.^a ENCARNITA. ¿Ha dicho la... garganta?

EL JOVEN. Sí.

D.^a ENCARNITA. ¿Seguro que es la garganta?

EL JOVEN. Seguro.

D.^a ENCARNITA. Entonces es que seguramente le duele la garganta. ¿Y sabe por qué le duele? Por la falta de lluvia, ni más ni menos. Oiga, ¿cuántos días hace que le duele la garganta?

EL JOVEN. Dos o tres... cuatro, quizás...

D.^a ENCARNITA. Trate de recordar los días exactos. No es lo mismo si el dolor le empezó hace dos días que hace cuatro o cinco, no es lo mismo...

EL JOVEN. Creo que más bien cuatro...

D.^a ENCARNITA. ¿Cuatro? Como a mi sobrina Loli... Porque a mi sobrina la cosa le empezó igual que a usted, con un simple dolorcito de garganta... Fue el año pasado, por esta misma época, en la que tampoco llovía... Al principio no le hizo caso a ese dolorcito, y cuando se dio cuenta, era víctima de la epidemia. Y como este año, por desgracia, la volvemos a padecer...

EL JOVEN. ¿A qué se refiere?

D.^a ENCARNITA. ¿A qué va a ser? ¡A la epidemia!

EL JOVEN. Yo no he oído decir nada de epidemias.

D.^a ENCARNITA. ¿En serio?... Pero si siempre pasa lo mismo, cuando no llueve... ¿Por qué se extraña entonces? ¿Trata de engañarme?

EL JOVEN. ¡No, por Dios!

D.^a ENCARNITA. Porque si trata de engañarme, para no asustarme, tengo que decirle que estoy vacunada y que, por lo tanto, no tengo ningún temor al contagio... conque, si ha agarrado el virus, o el virus le ha agarrado a usted, que para el caso es lo mismo, no se preocupe por mí que estoy inmunizada.

EL JOVEN. ¿El virus? ¿Qué virus?

D.^a ENCARNITA. El virus que aparece cuando la atmósfera se seca.

EL JOVEN. Pero si yo sólo tengo un dolor de garganta...

D.^a ENCARNITA. ¿Sólo? Apuesto lo que quiera a que también le duele la cabeza...

EL JOVEN. Le aseguro que...

D.^a ENCARNITA. *(Sin dejarle hablar)*. No me asegure nada, porque no voy a creerle... A usted le duele la cabeza, pero no quiere confesarlo; cuando un dolor de cabeza no tiene la menor importancia, salvo que sea un dolor de cabeza especial, claro... Como

los dolores que le daban a mi sobrina Loli...
¡Y cómo se quejaba la pobrecita! Se levantaba
con ellos y se acostaba con ellos... ¡Aquellos
malditos dolores no la dejaban en paz!... Le
empezaban por la coronilla... y le llegaban
hasta la frente... ¡Para volverse loca!... (*Pausa
breve*). ¿De verdad, joven, que no le duele
la cabeza?... Concéntrese, concentre toda la
atención en su cabeza... Y ahora respóndame,
¿le duele o no le duele?... ¡Dígalo, dígallo,
dígallo sin miedo!...

EL JOVEN. Pues sí... me parece que me está em-
pezando a doler un poco...

D.^a ENCARNITA. ¡Lo que a mí se me escape! Nada
más verlo, pensé: a este joven le duele la cabe-
za. Si tuviera por aquí alguna aspirina... Pero
no, lo mejor será que le recete el médico...
Ya verá cómo le pone un buen tratamiento y
esos dolores le desaparecen en un periquete.
Ya lo verá... Claro que... a mi sobrina Loli el
tratamiento dejó mucho que desear... y los
dolores se le pasaron después desde la frente
hasta la médula... No debe tratarse del mismo
caso, porque a usted la médula no le duele,
¿verdad?

EL JOVEN. No...

D.^a ENCARNITA. Tortícolis. Seguro que es tortícolis... (*Pausa breve*). ¿Y si no fuera tortícolis?... Cuando durmió anoche, ¿sabe si colocó bien la cabeza?

EL JOVEN. Supongo que sí.

D.^a ENCARNITA. Y la cabeza, ¿le está doliendo mucho?

EL JOVEN. Un poquito.

D.^a ENCARNITA. Haga un poco de ejercicio y ya verá como se le pasa. Trate de girar el cuello hacia la izquierda, poco a poco... Eso... Más despacio... Muy bien... Ahora haga lo mismo hacia la derecha... Des-pa-cio... Repítalo ahora... Hacia la izquierda... Muy bien... A la derecha... Perfecto... Ahora hacia atrás... Fíjese cómo lo hago yo... Venga, ¿a qué espera?... Más atrás... Estupendo... Ahora hacia adelante... Despacito, no tenga prisa... Y por último haga girar el cuello como si fuera un molinete... Muy bien... Dígame, ¿le sigue doliendo?

EL JOVEN. No, no me duele lo más mínimo.

D.^a ENCARNITA. ¡Pues no se fíe, no se fíe!, porque, cuando menos lo espere, ¡zas!, le vuelve a doler... Pero, mientras no se llene de morados...

EL JOVEN. ¿Morados? ¿Qué clase de morados?

D.^a ENCARNITA. ¿A usted no le ha salido ninguno?

EL JOVEN. Sí, tengo uno.

D.^a ENCARNITA. ¿Detrás de una oreja?

EL JOVEN. En el tobillo.

D.^a ENCARNITA. Se lo haría jugando al fútbol.

EL JOVEN. A lo mejor... (*Reaccionando*). ¡Pero si yo no juego al fútbol!

D.^a ENCARNITA. Habrá tropezado con algo.

EL JOVEN. No, que yo recuerde.

D.^a ENCARNITA. Pues sí que es casualidad... ¡Pero qué casualidad!... Bueno, bueno, no se preocupe, que los morados ya se sabe, a veces salen así, sin más ni más... (*Pausa corta*). Oiga...

EL JOVEN. ¿Sí?

D.^a ENCARNITA. Y ese morado... ¿le salió antes o después de los dolores de garganta, de los que me habló al principio?

EL JOVEN. Más o menos.

D.^a ENCARNITA. Déjese de ambigüedades... Haga un esfuerzo y recuerde si fue antes o después... Es importante...

EL JOVEN. Antes.

D.^a ENCARNITA. ¿Antes?

EL JOVEN. No, no, después.

D.^a ENCARNITA. ¿Seguro que fue después?

EL JOVEN. Sí, sí, seguro.

- D.^a ENCARNITA. ¡Uy, uy, uy, uy!
- EL JOVEN. ¿Por qué dice uy, uy, uy, uy?
- D.^a ENCARNITA. ¿He dicho eso?
- EL JOVEN. Sí, señora. Usted acaba de decir, uy, uy, uy.
- D.^a ENCARNITA. Pues si lo acabo de decir es porque lo dije.
- EL JOVEN. ¿Y ese... uy, uy, uy, uy... qué significado tiene?
- D.^a ENCARNITA. ¿Significado?... Ninguno... ¿Qué significado puede tener... uy, uy, uy, uy?
- EL JOVEN. Por el tono.
- D.^a ENCARNITA. ¿El tono?
- EL JOVEN. Sí, verá... Usted dijo... (*Remedando*).
¡Uy, uy, uy!
- D.^a ENCARNITA. ¿Así, con ese tono?... Pues, ¿sabe lo que le digo, joven?, que ese tono no me gusta nada. ¿Usted no se molesta, si le pido que me enseñe el morado?
- EL JOVEN. ¿Cómo voy a molestarme? (*Se sube el pantalón*). Dígame, señora, ¿qué le parece?
- D.^a ENCARNITA. ¡Un señor morado! ¡Qué barbaridad!... Y por aquí tiene otro...
- EL JOVEN. ¿Otro?
- D.^a ENCARNITA. Ah, no, no, tranquilícese... No es un morado, sino un rosetón de pelos...

A propósito, ¿no se ha dado cuenta de cómo se le han empezado a caer los pelos de esta pierna? A lo peor en la otra le pasa igual... ¿Me permite?... Lo que me temía... ¡Pero qué desastre!... ¿Es que usted no se mira las piernas?

EL JOVEN. No, la verdad...

D.^a ENCARNITA. Hijo, pues no las tiene tan feas... Que yo he visto cada pierna de hombre por ahí, que da una risa... Pero las tuyas me preocupan... ¿Y sabe por qué? Porque a mi sobrina Loli le pasó igual.

EL JOVEN. ¿Su sobrina Loli tenía pelos como los míos en las piernas?

D.^a ENCARNITA. No, hombre, a ella se le caían de la cabeza. Verá: a unos se les cae de la cabeza, a otros de las piernas y a otros... ¡Vaya usted a saber!

EL JOVEN. ¿Y usted cree que esto de mis piernas puede ser grave?

D.^a ENCARNITA. No sé qué decirle... El otro día vi un programa en la tele, ése de «Más vale prevenir»... Supongo que usted verá la tele...

EL JOVEN. A veces...

D.^a ENCARNITA. Dígame una cosa: cuando lleva un ratito viéndola, ¿no le bailan puntitos brillantes alrededor de la pantalla?

EL JOVEN. Sí.

D.^a ENCARNITA. ¿Sí?

EL JOVEN. ¡Sí, de varios colores!

D.^a ENCARNITA. ¿Como si fueran estrellitas?

EL JOVEN. Sí, sí, como estrellitas.

D.^a ENCARNITA. Mi sobrina también los veía.

EL JOVEN. ¡Nooo!

D.^a ENCARNITA. ¡Sííí! Y usted, por supuesto, no se le ha ocurrido darles ninguna importancia, ¿verdad?

EL JOVEN. No... Yo siempre he creído que los puntitos o las estrellitas las veía antes de quedarme dormido delante del televisor. (*Pausa breve*). Señora... ¿usted cree que eso es malo?

D.^a ENCARNITA. ¿Lo de quedarse dormido delante del televisor? ¡Qué va, hijo, qué va! ¡Nos pasa a todos! Y volviendo a los puntitos, me dijo que los ve de colores...

EL JOVEN. Exactamente.

D.^a Encarnita. Predominando el lila...

EL JOVEN. Con amarillos...

D.^a ENCARNITA. ¿Algún azulito?

EL JOVEN. Sí, ¿cómo lo sabe?

D.^a ENCARNITA. Que al mezclarse con los amarillos, forman tonos de color verde...

EL JOVEN. Verde vejiga...

D.^a ENCARNITA. Ahí quería llegar. ¿Qué tal le funciona?

EL JOVEN. ¿El televisor?

D.^a ENCARNITA. No, hombre, no, la vejiga.

EL JOVEN. Pues...

D.^a ENCARNITA. *(Sin dejarle hablar)*. ¿Cuándo orinó la última vez?

EL JOVEN. Al salir de casa.

D.^a ENCARNITA. Y ahora, ¿no tiene ganas? El joven. No sé...

D.^a ENCARNITA. De todos modos, si tiene ganas, ¿quiere un consejo? ¡Aguante!, que no es bueno, higiénico ni saludable, ir haciendo pis en cualquier sitio, ¡de ninguna manera! Porque, infecciones aparte, como en casita... ¡Aaaahhhh! ¡Qué alivio! cuando una llega apurada y se sienta... ¿A usted, joven, no le pasa igual?

EL JOVEN. Bueno, yo lo hago de pie...

D.^a ENCARNITA. Que todavía no se le han hinchado.

EL JOVEN. ¿Cómo dice?

D.^a ENCARNITA. Los pies...

EL JOVEN. No...

D.^a ENCARNITA. ¡Menos mal!... *(Pausa breve)*.
¿Tampoco le pican?...

EL JOVEN. ¿Se refiere a los pies?... No...

D.^a ENCARNITA. Un escozorcito...

EL JOVEN. ¿Un escozorcito?

D.^a ENCARNITA. Sí, todo empieza por un escozorcito... Apuesto lo que quiera, a que usted también siente ese escozorcito...

EL JOVEN. Pues...

D.^a ENCARNITA. ¿A que sí?... ¿A que sí?... ¿Sí?...

EL JOVEN. Sí, parece que siento un escozorcito...

D.^a ENCARNITA. ¿No se lo decía yo? Pero, hombre de Dios, ¿qué va a hacer?

EL JOVEN. Perdone que me quite los zapatos.

D.^a ENCARNITA. ¡No se le ocurra rascarse!

EL JOVEN. ¡No puedo evitarlo! ¡Si supiera cómo me pican!

D.^a ENCARNITA. ¡Por el amor de Dios, no se rasque de esa manera!

EL JOVEN. ¡No puedo evitarlo! ¡No puedo evitarlo!

D.^a ENCARNITA. ¡No haga eso, que a mi sobrina, por hacer lo mismo que usted está haciendo, se le pusieron los pies como botijos!

EL JOVEN. ¿Y qué quiere que haga, si de repente me están ardiendo?

D.^a ENCARNITA. ¿Pero no ve que se está haciendo daño? ¿Quiere que le diga una cosa? A mi so-

brina, por rascarse, le salió además una úlcera, así de gorda...

EL JOVEN. ¿Una úlcera?

D.^a ENCARNITA. ¡Mejor dos, una en cada pie! ¿Eso es lo que quiere?

EL JOVEN. Pero si me pican como demonios. ¿Conoce algún remedio que pueda aliviarme?... Por favor...

D.^a ENCARNITA. Eso se lo dirá el médico. ¡Por cuánto yo recetarle nada! ¡Faltaría más!... Pero... pero mi sobrina se aliviaba con... (*Se calla*).

EL JOVEN. ¿Con qué?... ¿Con qué?

D.^a ENCARNITA. No sé... no sé si debo decírselo...

EL JOVEN. Por favor...

D.^a ENCARNITA. ¿Y si el médico se enfada después?

EL JOVEN. Por favor... ¿con qué se aliviaba su sobrina?

D.^a ENCARNITA. Con un preparado que yo misma le hacía.

EL JOVEN. ¿Qué clase de preparado?

D.^a ENCARNITA. Si me promete dejar de rascarse se lo digo.

EL JOVEN. Se lo prometo.

D.^a ENCARNITA. ¿De verdad?

EL JOVEN. De verdad.

D.^a ENCARNITA. ¡Júremelo!

EL JOVEN. ¡Se lo juro!

D.^a ENCARNITA. Póngase los zapatos.

EL JOVEN. Ya me los pongo, ya me los pongo.

D.^a ENCARNITA. Muy bien... El caso es que no sé si voy a acordarme de la receta... Mmmm... Sí, me parece que sí... Yo siempre he gozado de buena memoria... En el colegio me decían que tenía una memoria privilegiada... Y en la Universidad fui el asombro de mis catedráticos...

EL JOVEN. Sí, sí, pero la receta... ¡Dígamela!

D.^a ENCARNITA. ¿Usted tiene buena memoria? Se lo pregunto, porque si no toma nota, no sé si va a recordarla después.

EL JOVEN. Lo intentaré.

D.^a ENCARNITA. Bueno... En un recipiente de barro se meten dos tazas de azúcar... un kilo de miel... un paquete de margarina vegetal... Se mezcla todo muy bien y se le echa corteza de limón... trescientos gramos de coco rallado... un litro de leche fresca, mixturada con medio paquete de leche en polvo y una lata de leche condensada... se le añade un cuarto litro de ron caliente... *(Se calla)*. Me parece que me falta algo... ¡Ah, sí!, dos plátanos fritos

machacados... Se revuelve bien y se mete en el horno durante hora y media... Después se saca y se deja enfriar...

EL JOVEN. ¿Y se lo untaba en los pies?

D.^a ENCARNITA. ¿En los pies? ¡Oh, no!, se lo untaba en sendas rebanadas de pan tostado en los desayunos y meriendas... ¿Qué tal anda de apetito?

EL JOVEN. ¡Fatal!, apenas un juguito.

D.^a ENCARNITA. O sea: que siente inapetencia.

EL JOVEN. Sí.

D.^a ENCARNITA. ¿Desde que le empezaron los dolores de garganta?

EL JOVEN. Sí, desde que me empezaron.

D.^a ENCARNITA. ¿Y náuseas? ¿Siente náuseas?

EL JOVEN. Sí, también.

D.^a ENCARNITA. ¿Como si estuviera embarazado?

EL JOVEN. No lo sé.

D.^a ENCARNITA. ¿Que no lo sabe?

EL JOVEN. Como nunca he estado embarazado...

D.^a ENCARNITA. Ni falta que le hace, joven... ¡Se pasa horrible!

EL JOVEN. Por favor, dígame la verdad... ¿Usted cree que soy víctima de la epidemia de que me habló antes?

D.^a ENCARNITA. ¿Yo le hablé de la epidemia?

EL JOVEN. Sí, señora, la de la atmósfera seca... ¿Por qué no me responde?

D.^a ENCARNITA. Yo no soy médico. Claro que, hablando de médicos, hay médicos y médicos...

EL JOVEN. ¿Qué quiere decir?

D.^a ENCARNITA. Quiero decir que hay médicos a los que deberían retirarles el título a perpetuidad, como el que trató a mi pobre sobrina Loli... ¿Si usted supiera lo que le dijo después de estudiar un montón de análisis y cuatro o cinco kilos de radiografías!... ¿Si usted supiera lo que le dijo a mi sobrina!

EL JOVEN. ¿Qué le dijo?

D.^a ENCARNITA. ¡El muy sinvergüenza!

EL JOVEN. Señora...

D.^a ENCARNITA. ¡El muy cretino!

EL JOVEN. Por favor...

D.^a ENCARNITA. ¡El muy desnaturalizado!

EL JOVEN. Pero..., pero...

D.^a ENCARNITA. ¡El muy rebenque!

EL JOVEN. Pero... pero, ¿qué le dijo?

D.^a ENCARNITA. Aquel mataperros le dijo...

EL JOVEN. ¿Sí...?

D.^a ENCARNITA. Le dijo... ¡Ay!, ¿de quién estaba hablando?

EL JOVEN. Del médico que atendió a su sobrina...

D.^a ENCARNITA. Ah, sí, le dijo: «Loli ve tranquila a tu casa. Olvídate de los dolores de cabeza, de las náuseas, de los escozores en los pies y de todas esas cosas, porque estás como una rosa»... Me parece verla llegar a casa feliz y radiante de alegría, gritando: «¡Tía, tía, el médico me ha dicho que estoy como una rosa!»... *(Pausa)*. Aquella misma noche la rosa se marchitó...

EL JOVEN. ¿Cómo?

D.^a ENCARNITA. Que la pobrecita la palmó.

EL JOVEN. ¿Se... se... se... murió?

D.^a ENCARNITA. ¡Se murió!... Joven, ¿es usted casado? El joven. Sí señora.

D.^a ENCARNITA. ¿Hijos?

EL JOVEN. La parejita. El varón tiene dos añitos y medio y la hembra...

D.^a ENCARNITA. *(Cortándole)*. Y los papeles, ¿cómo tiene los papeles?

EL JOVEN. ¿Los... papeles?

D.^a ENCARNITA. Le pregunto si los tiene en regla.

EL JOVEN. Creo que sí... El carné de identidad... el carné de conducir... el seguro del coche... las letras del vídeo, del lavaplatos...

D.^a ENCARNITA. *(Interrumpiéndole)*. ¿Y qué me dice del testamento?

EL JOVEN. ¿El testamento? ¿Qué testamento?

D.^a ENCARNITA. ¿Qué testamento va a ser? ¡El suyo!

EL JOVEN. ¿Mi... testamento?

D.^a ENCARNITA. Mi sobrina Loli murió sin testar, ¡y se armaron unos líos! No puedo creer que usted, con todos esos síntomas que padece, no se le haya ocurrido hacer testamento.

EL JOVEN. Pues no...

D.^a ENCARNITA. ¡Ah, los jóvenes de hoy, qué poco previsores! ¿Quiere un consejo? Tan pronto salga de esta consulta, vaya a un notario. ¡Vaya a un notario sin perder un segundo!, porque al final, joven, el final nos llega cuando menos lo esperamos... Pero, ¿qué le pasa? ¡Está sudando! ¡Y se ha puesto más pálido todavía!

EL JOVEN. ¿Usted cree?

D.^a ENCARNITA. ¿Y los labios? ¡Si viera cómo tiene los labios!... No, mejor es que no se los vea. ¿Se siente mal, joven?

EL JOVEN. ¡Ay, madre, qué fatiguitas tengo!

D.^a ENCARNITA. No se asuste, hombre. Ya verá como el médico le dice que no tiene nada.

EL JOVEN. Sí; como a su sobrina Loli.

D.^a ENCARNITA. Pero usted es un hombre fuerte, vigoroso...

EL JOVEN. ¡Si apenas puedo tragar!... De repente se me ha puesto una cosa aquí, en la garganta...

D.^a ENCARNITA. ¿Como un huevito de paloma?

EL JOVEN. ¡Más bien de avestruz!... ¿A su sobrina también le pasó eso?

D.^a ENCARNITA. Sí, pero a ella el huevito se lo descubrieron cuando le hicieron la autopsia.

EL JOVEN. ¡¿La autopsia?! ¿Ha dicho la autopsia? ¡Nooo! ¡La autopsia no! ¡No permitiré que me hagan la autopsia!

D.^a ENCARNITA. Pero, joven...

EL JOVEN. ¡No, señora, no lo permitiré!

D.^a ENCARNITA. ¡Por Dios bendito, cálmese! Después de todo, cuando se la hagan no va a enterarse... ¡Eh!, ¿qué hace...? ¡No se vaya!

EL JOVEN. (*Alejándose aterrorizado*). ¡La autopsia no! ¡La autopsia no! ¡La autopsia no! (*Sale*).

D.^a ENCARNITA. ¡Joven, vuelva aquí! ¿No me oye? ¡Vuelva aquí enseguida!... (*Pausa*). ¡Qué barbaridad! En mi vida había visto un hombre más aprensivo... ¡Jesús, cómo se puso! Hay personas a las que no se les puede decir lo más mínimo... ¡Y cómo son las cosas! A mí, en cambio, me gusta que me digan la verdad de pe a pa, sin

ocultaciones de ninguna clase... Si a mi pobre sobrina le hubieran dicho la verdad a tiempo, no le hubiera sorprendido la muerte así, tan de repente... ¡Pobrecita! ¡Pobrecita Loli! (*Suspira y reanuda el punto*).

ENFERMERA. (*Entrando*). Bueno, Encarnita, ha llegado tu turno. El doctor te está esperando. ¿Qué tal te encuentras hoy?

D.^a ENCARNITA. ¡De maravilla!

ENFERMERA. Pero, ¡qué cosa tan linda estás haciendo!

D.^a ENCARNITA. (*Orgullosa*). Es un suéter.

ENFERMERA. ¿Para ti?

D.^a ENCARNITA. No, señorita.

ENFERMERA. Entonces, ¿para quién?

D.^a ENCARNITA. Para mi sobrina Loli.

ENFERMERA. ¡Seguro que le va a encantar! Por cierto, acaba de llamar desde la oficina, para recordarte que no te vayas sin que ella venga a buscarte.

D.^a ENCARNITA. No, señorita. No me iré, descuide. La esperaré aquí, sentadita, como hago siempre.

ENFERMERA. ¿Prometido?

D.^a ENCARNITA. Prometido.

ENFERMERA. ¿Vamos?

D.^a ENCARNITA. Sí, sí, enseguidita, enseguidita...

Deje que guarde la labor, ¿sí?

UN PACIENTE. (*Asomándose*). Perdón...

ENFERMERA. Diga usted, señor.

UN PACIENTE. ¿Es aquí la consulta del otorrino?

ENFERMERA. ¿Del otorrino? No, señor. La consulta del otorrino es en la puerta de al lado... Esta es la consulta del psiquiatra...

(*Oscuro rápido y telón*).